

¡VIVA EL REY! O EL RUBANISMO



«¿Y qué es eso del rubanismo?»—Se preguntará el lector, rozando algún truco de nuestro malhumorismo—. Pues bien; el rubanismo es el porvenir de la política festiva y juguetona a la vez que jocosa—del actual reino de España, éste de juego, fiestas y negocios; el rubanismo es la solución a la crisis última del declive por que rueda la nación. De este declive—que dice Maura—la sacará «Rubán».

«Rubán» es el noble caballo de carrera—¡nada menos que todo un caballo!—que en las carreras de San Sebastián le ha ganado a su dueño, el señor duque de Toledo, medio millón de pesetas. «Rubán» es el héroe de España. El rubanismo es nuestro porvenir.

¡No un caballito como esos de juego, no!, sino un caballo, todo un caballo de sangre y de carne. No un clavileño de madera. ¡Procede ese caballo de la cuadra que al señor duque de Toledo le regaló el gran M. Marquet, cuya obra encomiaba «El Debate»? ¿Ha sido criado y apacentado, como otros caballos de su mesnada, en alguna de las dehesas que el Estado atiende para mantener en ellas a los caballos de la remonta para el ejército? No lo sabemos; pero «Rubán», el gran «Rubán», ha sido educado con esmero.

«Rubán» ha resultado un profundo político maquiavélico. Era un caballo desconocido; se había hecho el chiquillo; nadie esperaba, dicen que ni su dueño, de él tal proeza, y de pronto, como Sixto V, se yergue, echa a correr y gana 500.000 pesetas a su dueño, amén de 236 pesetas por cinco a cada uno de los que, habiéndose declarado por lealtad rubanistas, apostaron por él. Se comprende, pues, el entusiasmo de éstos, de los rubanistas, después de su imprevisto triunfo.

El momento debió de ser emocionante. Su dueño, el señor duque de Toledo, después de entregar la copa al «key», tomó de la brida y le paseó en medio de una ovación entusiástica. Los rubanistas, que habían

cobrado 236 por cinco, gritaban: «¡Viva el rey!» Y nunca con más motivo. ¡Viva el rey!

Habrá que mandar a «Rubán» a Marruecos, a que corra allí y a que en cada corrida se lleve medio millón de pesetas. Habrá que nombrarle a «Rubán» alto comisario.

«Rubán» es la solución para la gran crisis que se avecina; «Rubán» es la salvación de la cuadra y de la casa; el rubanismo es el porvenir. Por cada duro que se gasten en las elecciones los candidatos rubanistas les dará «Rubán» cuarenta y siete duros y veinte centavos. ¡Hagan juego, señores diputados! Y el día en que «Rubán» aparezca a la cabecera del banco azul, pifando, los rubanistas, puestos en pie, prorumpirán en unánime y estentóreo «¡Viva el rey!» Y cuando se trata de disolver el Congreso, lo disolverá «Rubán» con un relincho.

Y habrá que ver a «Rubán», el noble, bruto, al bruto de pura sangre, en el Senado, entre la nobleza de la sangre. Muchos de estos nobles no tendrán su «pedigree»—esto hay que dejarlo en inglés—tan clara como la de «Rubán». Porque «Rubán» es todo un noble, nada menos que todo un noble. Todo un caballo, que es más que ser todo un caballero. Que no cabe ser caballero sin caballo, pero sí caballo sin caballero.

El rubanismo es el porvenir. ¡Y lo que podemos prometernos de «Rubán», de este héroe que se gana medio millón de pesetas en unos minutos y va a ganar cuarenta y siete por uno a sus creyentes! ¡Lo que no hará «Rubán» puesto, verbigracia, al frente de la real salchichera de Ríofrío!

Ya saben ustedes que en el Real Sitio de Ríofrío se ha instalado un matadero de cochinos, una tocinería como aquellas de Chicago de que nos burlábamos en 1898. Los obreros que trabajan en Ríofrío cobran de jornal seis pesetas, mantenidos, afeitados

y una cajetilla de cigarros. Y luego de bien comidos y afeitados, fumándose un cigarrillo, exclaman con los rubanistas: «¡Viva el rey!»

«¿Quién decía que lo que aquí hace falta es un nombre? No, lo que aquí hacia falta era un caballo. Ya lo tenemos.»

Decía Zorrilla de San Martín, el gran poeta uruguayo, ensalzando a Lavalleja, que la libertad suramericana era la libertad a caballo. Aquí, en España, tenemos la servilidad a caballo.

Que tengan siempre consiliado a «Rubán». Y que el caballero no se quite las espuelas; que duerma con ellas.

¡Qué momento aquel en que en el Hipódromo de San Sebastián gritaron los rubanistas, relincharon más bien: «¡Viva el rey!»

Miguel de UNAMUNO

